

El lápiz de Esculapio

Aula de informática

Jaime de Nepas*

«Fíjense en una tecla que tengan bajo sus dedos», dice desde el estrado don Lázaro, el profesor de literatura, que tiene siempre en la mano un lápiz a medio gastar con el que rasga el aire para afirmar, subrayar o llamar la atención. «Es un plástico con forma de pirámide trapezoidal, una pieza sencilla que, sin embargo, ha costado millones de años fabricar. Por detrito de animales y bosques se originó materia orgánica, que se fue cubriendo de sedimentos y transformándose en hidrocarburos y petróleo. Del refinado de estos productos hemos extraído etileno, propileno y otros gases con los que la industria química hace plásticos flexibles, como mi impermeable, o duros, como estas teclas. Debajo del teclado tenemos una matriz de filas y columnas, un circuito electrónico. Al presionar una tecla, el decodificador aprecia que se ha cerrado el interruptor de la fila 7 con la columna 21, por ejemplo, y hace saltar a la pantalla una letra, un número, un signo. Cada tecla se corresponde con un cruce, y no con otro, así que la responsabilidad de lo que tecleamos es sólo nuestra», dice tocándose el pecho con el lápiz. «Veamos, Óscar, cierre los ojos, escriba a dos manos y léalo en voz alta». El muchacho abre los ojos y dice: «*vazñn añnddv nhsnv 09*», mientras los demás rompen a reír. «No significa nada, ¿verdad? —dice don Lázaro—, pero también le podría haber salido *Qual mio destino, qual forza o qual inganno*, un verso del *Cancionero* de Petrarca; o *Nous étions à l'étude quand le proviseur entra*, palabras con las que Flaubert comienza *Madame Bovary*; o esta frase cadenciosa del atribulado Macbeth: *Life's but a walking shadow*; o esta inquietante estrofa de Antonio Machado: *El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas; es ojo porque te ve*. Don Lázaro hace una pausa que invita a la reflexión. «En sus teclados —dice, señalando con el lápiz—, hay poemas, comedias y novelas ya escritos, pero también hay otros muchos esperando que alguien los descubra. Piensen en una historia y póngale intención, color, sabor y emoción. A ver, Laura, ¿qué se le ocurre?». «Todavía nada», dice la chica. «¿Y a ti, Marta?» «Mi madre vino ayer echando pestes del supermercado». «Estupendo, escriban con esta frase de arranque un cuento que no exceda de cuatrocientas palabras. El contador está en *Herramientas*, ya saben. Disponen de cuarenta y cinco minutos».

* Periodista y campesino, Majadahonda (Madrid, España). Dirección para correspondencia: jaimm@mi.madridtel.es.